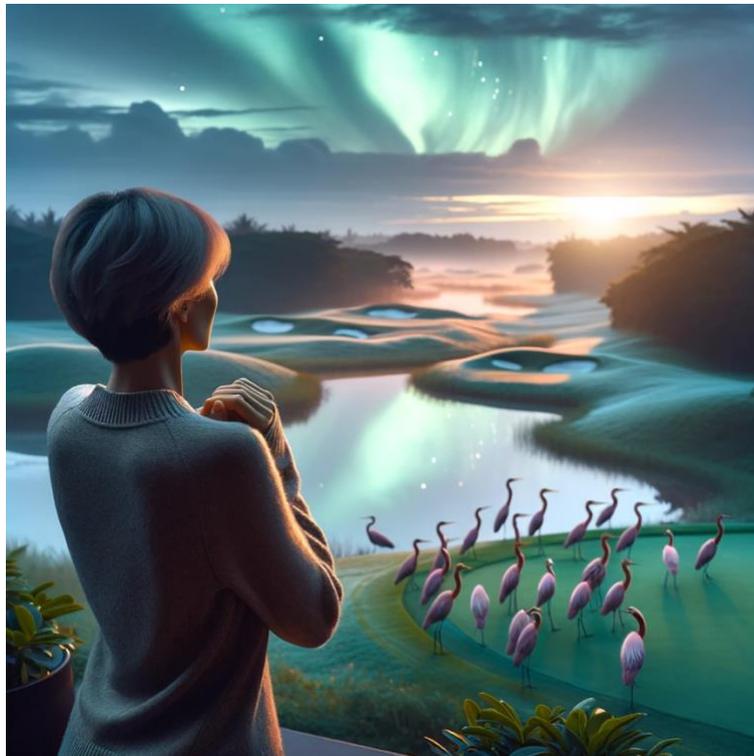


«Poco antes del amanecer, cuando aún se podía ver la tenue aurora boreal, Renata tomó la desviación hacia el campo de golf, tal y como lo hacía cada vez que necesitaba reencontrarse. Se emocionaba al ver el despunte de la luz entre las nubes mientras calentaba sus músculos para su caminata matutina a través de los hoyos 16 y 17, separados por un pequeño lago artificial. A esa hora, las garzas rosadas llegaban al lago, y cuando el sol se elevaba “in crescendo” e iluminaba sus plumas, creaba un paisaje que parecía sacado de una pintura sobre seda, como las estampadas en los famosos kimonos japoneses. Para Renata, esa rutina era obligatoria. Su hijo entraba temprano a la escuela, y este era el único momento en el que disfrutaba a solas, en contacto con la naturaleza. Además, se esforzaba incansablemente para alcanzar dos de sus metas más importantes: el equilibrio y la armonía.



Su esposo, hombre de negocios, casi nunca estaba en casa. Renata, después de llevar a su hijo al colegio, se pasaba el resto del día en reuniones. Sin embargo, a pesar de su vida agitada, se daba tiempo para acudir por la tarde al gimnasio. El yoga era su pasión y entretenimiento. Dominar cada asana era a la vez un reto y una delicia. La Vrischikasana o postura del escorpión le exigía demasiado, pero ella perseveraba. Dany, su gurú, la motivaba a seguir adelante en lo espiritual y a buscar en su yo interior el significado de la vida.

Aunque Renata tenía todo para ser feliz, su mente comenzó a traicionarla. En la víspera de su 40° cumpleaños, la agitación interior que se inició como una simple taquicardia fue creciendo hasta el punto de asustarse por todo. Era presa fácil de los nervios y cualquier ruido la sobresaltaba. En ocasiones, incluso lloraba sin motivo aparente. Esto la abochornaba y huía rápidamente al baño más cercano. Las horas del día ya no le eran suficientes para todo lo que quería hacer. Su hijo le exigía más atención y su esposo, de pronto, empezó a quejarse de cualquier detalle y se portaba muy seco con ella. Esto la hacía sentirse menospreciada, convirtiendo su vida en un infierno. Le urgía platicarlo con alguien o se volvería loca. Le llamó a su mejor amiga y la invitó a un lugar casual, pero reservado. Lo que tenía que confesarle la avergonzaba, y temía que el llanto la traicionara.

El famoso Café Natural era conocido como un lugar discreto y a menudo concurrido por personas maduras que, en ocasiones, deseaban conocer a alguien especial en sus vidas. Aunque preferido por aquellos buscando una segunda oportunidad, la magnífica atención hacia los clientes y el café importado atraía a todo tipo de personas. Renata terminó de pintarse los labios justo cuando la vio entrar.

—¿Qué le sirvo, señorita? —preguntó el mesero.

—Un momento —dijo Renata mientras guardaba el labial.

—Hoy tenemos nuestro famoso doblete —ofreció el mesero.

—¿Qué tipos de café tienen? —inquirió Lorena mientras se sentaba.

—Qué bueno que viniste —le agradeció Renata a su añorada amiga.

—De nada, sabes que cuentas conmigo —afirmó Lorena.

—Pensarás que solo te llamo cuando te necesito —dijo Renata.

—Lo importante es que estoy aquí, ¿cómo te sientes?

Antes de contestar, Renata tomó las manos de Lorena, buscando transmitirle su angustia.

—Creo que me están engañando —dijo sin tapujos.

—Voy a dejar a mi esposo —añadió mientras frotaba nerviosamente la alianza matrimonial con sus dedos.

El rostro de Lorena cambió, reflejando sorpresa, después de que Renata empezara a sollozar.

—¿Estás segura? —le preguntó.



—Encontré un anillo con una piedra de rubí y las iniciales TQ entre la ropa —aclaró Renata.

—¿Es redondo?

—Sí, con dos pequeños brillantes.

—¿Conoces a alguien con ese nombre? —inquirió Lorena.

—Para nada —contestó Renata entre sollozos mientras se levantaba y corría al baño. Los nervios la habían traicionado.

—Espera —dijo Lorena, tratando de detenerla.

—¿Algún problema? —preguntó un joven, dispuesto a ayudar.

—Todo está bien —contestó Lorena, indiferente. La preocupación por su amiga le robaba la atención y no se fijó en la hermosa sonrisa y los grandes ojos negros de su interlocutor.

—Yo puedo ayudarles —afirmó él, acariciándose la barbilla.

—Por cierto, soy Adán —añadió mientras extendía su brazo, ofreciendo un saludo.

Lorena no tuvo más remedio que voltear a verlo. Trató de no darle importancia, pero su voz la delató al preguntar:

—¿Cómo dijiste?

En ese momento, Renata salió del baño y se dirigió hacia ellos. Lorena aprovechó para deshacerse del joven. Le importaba más ayudar a su amiga que iniciar una relación.

—Disculpa, ya viene mi amiga —le dijo.

—¿Puedo acompañarlas? —insistió él.

—Prefiero que no —afirmó Renata, fijando su mirada en Adán. Parecía estar bajo control. Lorena se dio cuenta del cambio y, a pesar de conocerla, preguntó:

—¿Estás bien?

—No te preocupes —respondió Renata—. A veces me pasa. Me sumerjo en un abismo y de repente salgo volando. Por eso voy a clases de yoga, me ayuda —aclaró.

Lorena la escuchó serenamente. Quería creerle, pero tenía sus dudas.

—¿Es todo? —preguntó consternada.

—La verdad, no —contestó Renata, mirándola.

—Pero por ahora no puedo decirte más.

Lorena se desilusionó. Su amiga tenía problemas y se negaba a compartirlos.

—Me marcho —dijo Lorena, decepcionada.

—Espera —le rogó Renata, tomándola del brazo.

—Es Dany —aclaró mientras la soltaba y se llevaba las manos al rostro, tratando de secar sus lágrimas. La vergüenza y el miedo volvieron a dominarla y ya no pudo contener el llanto.

—¿Quién?

—Mi instructor de yoga —aclaró Renata.

—Dany comenzó a darme calmantes para que me concentrara en mi yo interior y lograra el equilibrio y la armonía. Al principio no noté nada inusual, pero cada vez me sentí más inquieta, y me palpitaba más rápido el corazón. Él me abrazaba para tranquilizarme. Lo hizo

durante varios días, y nos volvimos muy cercanos. Unas semanas después de haber tomado la dosis, se me acercó de manera insinuante. Mi resistencia fue disminuyendo paulatinamente. Después de cortejarme, accedí a sus deseos, dejándome llevar —aclaró Renata.

—¿Qué? —exclamó Lorena. Su grito resonó en todo el Café, despertando la curiosidad de algunos. Adán intervino rápidamente diciéndoles: —Todo está bien, son mis amigas.

—¿Por qué hiciste eso? —le reclamó Lorena a su amiga.

—No lo sé —respondió ella, compungida.

—Sentí algo muy intenso, y me atrapó.

—Lo admiraba tanto —añadió.

—Pero ¿y tu esposo? ¿tu hijo?

—Eso es lo que me duele —afirmó Renata.

—Tengo que dejarlos —agregó.

—¿Estás loca?

Renata no respondió. Se levantó y se dirigió al baño, llorando desconsoladamente.

Lorena alcanzó a detenerla y, sin decir nada, la abrazó.

Todos en el Café voltearon al escuchar los sollozos de Renata, interrumpidos por el sonido de una bofetada.

—Renata, recapacita —le dijo Lorena casi estrujándola.

—Si tu esposo te engaña, está mal. Pero tienes la oportunidad perfecta para hablar con él y contarle tu error —la aconsejó Lorena.

—Estoy segura de que entenderá. Su hijo los une. Pueden perdonarse mutuamente —agregó emocionada.

—No —contestó tajantemente Renata.

—Date esa oportunidad —insistió Lorena.

—No puedo —susurró Renata con un hilo de voz, evitando la mirada de Lorena.

—¿Por qué? —insistió Lorena, su preocupación se reflejaba en su tono suave.

Renata vaciló, su pecho se agitaba por las emociones contenidas. Las manos le sudaban.

—Porque... en realidad —dijo murmurando. Parecía negar con la cabeza y, haciendo una pausa, finalmente titubeó:

—No sé quién de los dos me engaña —dijo con una su voz que se quebraba con cada palabra que salía de su alma desgarrada.

Hubo un momento de silencio. Renata bajó la mirada, jugueteando con sus manos antes de revelar:

—Encontré el anillo entre la ropa de Dany.

Sus palabras eran apenas audibles, como si temiera que, al decirlas en voz alta, se hicieran más reales. Se cubrió el rostro con las manos, tratando de esconder las lágrimas que ahora fluían libremente.

—¡Y eso me duele mucho más! —su confesión fue un grito ahogado, lleno de dolor y traición.

Lorena se quedó sin habla, observando a su amiga desmoronarse ante ella. Quería decir algo reconfortante, pero las palabras se le escapaban. Cautelosamente, extendió sus brazos alrededor de Renata, ofreciendo un silencioso consuelo. La encrucijada de Renata la había dejado completamente muda.

Una llamada telefónica las interrumpió abruptamente. Renata aprovechó el breve respiro para secarse las lágrimas, intentando recomponerse. Lorena miró su teléfono con hesitación antes de contestar.

—¡Claro! —exclamó Lorena, su expresión cambiando súbitamente mientras hablaba por teléfono. Colgó y se volvió hacia Renata, su semblante ahora serio. —Hay algo que debes saber sobre Dany y los medicamentos que te ha dado. No sabemos si te intoxicó accidentalmente con los calmantes o si fue intencional, pero lo importante ahora es cuidar de tu salud. Necesitamos ajustar la dosis de fluoxetina para controlar tus pensamientos obsesivos.

Renata continuó callada, pensativa. Nunca sospechó que Dany pudiera hacerle una mala jugada. Lo único que recordaba eran sus momentos íntimos y lo feliz que se sentía en sus brazos.

—Gracias —dijo finalmente Renata, emocionada. Su amiga, como siempre, la había rescatado.

Lorena la abrazó cariñosamente y le murmuró al oído:

—Además, sé qué significa TQ —aclaró.

—¿Las iniciales? ¿de verdad? —preguntó asombrada Renata.

—Significan "Te Quiero". Y la piedra no es un rubí, es un granate.

—Gracias —repitió Renata, confiando plenamente en ella.

—De nada, ¿para qué son las amigas?

—Es natural —contestó el mesero al regresar a su lado. Se había tardado verificando los tipos de cafés disponibles.



—Adán, ¡ajaga tu novela! —gritó el dueño del Café.

—No es novela, es un cuento, “Encrucijada” —respondió Adán.

—Es lo mismo —vociferó su padre, preocupado de que su hijo se distraía fácilmente. Sin embargo, al percatarse de lo que escuchaba, decidió acercarse a él.

—Lo siento, pero ya nos vamos —dijo Lorena.

Ambas se veían contentas al salir. Como en otras ocasiones, platicar les había ayudado a sentirse mejor. Más que buenas amigas, eran entrañables».

...Así terminaba el radiocuento que Adán escuchaba antes de apagar su radio portátil.

—¡Atiende las mesas! —le exigió su padre.

Adán sonrió introspectivamente. Seguía inmerso en el cuento, parecía que aún lo estaba escuchando y, mientras murmuraba y limpiaba la mesa que Lorena y Renata habían ocupado, no dejaba de preguntarse: ¿Cómo supo Lorena que la piedra era de granate? ¿Y por qué conocía las iniciales TQ? ¿Es ella la amante de Dany?

Su padre lo observaba a una prudente distancia. Seguía preocupado por la actitud de su hijo. A este ritmo no podría encargarse del Café. Se percató de que tenía que hacer algo al respecto. Su semblante cambió al recordar a su esposa, y el anillo que ella le regaló años atrás. Así que decidió intervenir, y fue a su encuentro:

—Adán, esa historia es un “refrito”. Estaba de moda cuando yo tenía tu edad —le aclaró a su hijo, interrumpiéndolo.

—Lorena lo planeó todo —añadió mientras llegaba junto a él.

—No lo creo —dudó Adán, volteando a verlo.

—Pregúntale a tu mamá —afirmó su padre en voz baja, mostrándole su viejo anillo con las mismas iniciales, TQ. —En esa época todos queríamos tener uno —finalizó.

Adán se le quedó mirando y, sin decirse más, ambos se abrazaron fraternalmente. El cuento, ahora un clásico, los había ayudado a limar sus asperezas.

Mientras tanto, en el tranquilo ambiente de su propio gimnasio, la madre de Adán se destacaba como un faro de inspiración para sus jóvenes alumnas. El transcurso del tiempo no solo había templado su espíritu, sino que también había fortalecido su cuerpo, forjándola en una instructora de yoga respetada y admirada. Con una mezcla de firmeza y paciencia, instaba a sus alumnas a perfeccionar la Vrischikasana, una postura que demanda agilidad física y equilibrio mental. En cada sesión, les demostraba cómo la perseverancia y la dedicación podían transformar el cuerpo y la mente. Su propia vida era un testimonio de ello, habiendo alcanzado sus metas: el equilibrio y la armonía, a través de su inquebrantable compromiso con el yoga. Esta evolución personal no solo era su logro más preciado, sino también la lección más valiosa que podía impartir a sus estudiantes.

---